

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Madrid.

Toledo.

Ciudad-Real.

Cuenca.

Guadalajara.

Zaragoza.

Huesca.

Teruel.

Barcelona.

Tarragona.

Lérida.

Gerona.

Valencia.

Alicante.

Castellon.

Murcia.

Albacete.

Córdoba.

Jaen.

Granada.

Almería.

Málaga.

Sevilla.

Cádiz.

Huelva.

Badajoz.

Cáceres.

Leon.

Salamanca.

Zamora.

Oviedo.

Burgos.

Valladolid.

Palencia.

Ávila.

Segovia.

Soria.

Logroño.

Santander.

Alava.

Guipúzcoa.

Viscaya.

Coruña.

Lugo.

Orense.

Pontevedra.

I. Baleares.

Navarra.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTORESCO.
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA
EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA

calle de Robador, n.º 24 y 26.

1874.

ISLA
DE CUBA.

ISLAS
CANARIAS.

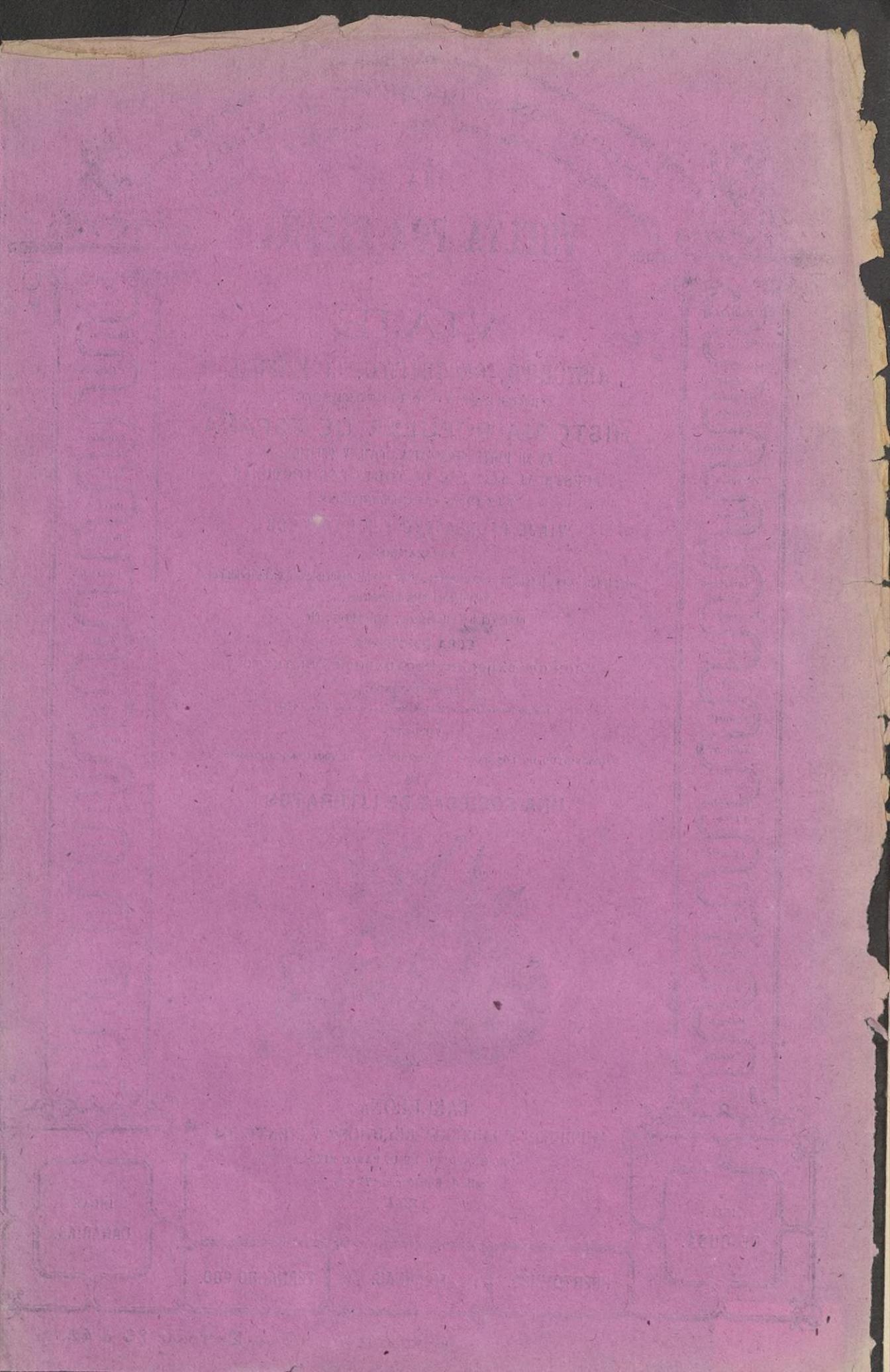
PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

L47
2954

PROVINCIA DE BARCELONA. — Entregas 39 á 42.



desgracia aceptaron la mision de ir á participárselo á mis hermanos, y finalmente, si de uno y de otros me privas, si llevas tu crueldad al extremo de inmolar esas nobles víctimas, tendré siempre el mas firme, el mas constante de todos los valedores, y al cual jamás alcanzará tu poder: Dios, que ampara á los débiles contra los fuertes; que protege á las víctimas contra sus verdugos; que humilla á los soberbios y ensalza á los humildes.

— «¡Oh! sella el labio que tales torpezas dice. Castigaré á Teudis, castigaré á esos miserables mensajeros; y tú, débil mujer que te atreves á desafiar mi furor, ó reniegas de la fe de tus mayores, ó apréstate á sufrir los mayores tormentos.

— «No me intimidan; puedes en buen hora recurrir á los medios que te plazca; ya te dije antes, que dueño como eres de mi cuerpo, como te cuadre puedes disponer de él, mas no olvides, Amalarico, que, ni las injurias de que me hagas víctima, ni los tormentos que emplees, ni los ultrajes que me hagas, conseguirán doblegar para nada mi conciencia.

«Fue tan enérgica, tan resuelta la contestacion de Clotilde, brillaba una decision tan firme en su semblante, que Amalarico no pudo menos de adquirir la certeza de que todos sus esfuerzos serian impotentes para dominar aquella entereza.

«Y esta conviccion exacerbó su cólera.

«Descompuesto el semblante por la ira, adelantóse hácia Clotilde, y cogiéndola violentamente por un brazo, exclamó:

— «Ya te he dicho que quiero seas arriana.

— «Yo te he contestado, señor, que nací católica y católica he de morir.

— «No quiero ser por mas tiempo el escarnio de mi pueblo, — prosiguió el Monarca con tembloroso acento. — Murmúrase de mí y no puedo ni debo tolerar que se prolongue semejante estado.

— «No esperes de mí lo que te has propuesto. Yo no te ofendo, señor. Déjame en el libre ejercicio de mi religion.

— «Jamás.

— «Pues jamás podrás conseguir lo que pretendes, — repuso á su vez la jóven con entereza.

— «¡Ay de tí, Clotilde! — prosiguió el Rey oprimiendo con dureza el delicado brazo que sujetaba con su férrea mano.

— «Ve, señor, que me lastimas.

— «¿Y quién la culpa tiene que á tales extremos pueda llegar? Obedece mi voluntad y yo te juro que existencia cual la tuya no ha de haber otra sobre la tierra.

— «No lo esperes, señor. Ni las ofertas me halagan, ni las amenazas me aterroran. Cumple tú lo que á mis hermanos ofreciste. Sé lo que debes ser y lo que derecho tuve á esperar de tí, y nuestra mútua existencia será la completa felicidad.

— «Miserable mujer, ¿y valor tienes para brindarme con la ventura, cuando tu necia terquedad está destruyéndola para siempre? Basta de importunas frases, basta de ridículas quejas; cuanto el Rey de los godos quiere, ha de realizarse. Mañana á la par que el suplicio de los traidores tenga lugar, exijo tu reconciliacion con la iglesia arriana.

— «¡ Oh! nunca.

— «Estás provocándome, Clotilde, y ve que no en vano se excita mi furor.

— «No le temo, — repuso la valerosa jóven haciendo violentos esfuerzos para contener el dolor que le producía la presión de que estaba siendo víctima.

— «Pues yo lo quiero.

— «No lo conseguirás.

— «Te obligaré á ceder.

— «Llamaré á Dios en mi ayuda.

— «Miserable de tí.

«Y roto ya el freno al furor del Monarca, ciego de ira ante aquel atrevido reto, sacudió violentamente á la infeliz mujer que fué á caer contra el suelo hiriéndose en la frente al chocar con uno de los muebles esparcidos en el aposento.

«El grito que de sus labios se exhaló al sentir el golpe, la sangre que brotó de su herida, aumentaron la cólera del iracundo esposo, que fué á lanzarse de nuevo sobre la inocente víctima de su furor.

«Pero en aquel momento y como evocada por el gemido de agonía lanzado por Clotilde, Hildeberta apareció en la puerta de la estancia.

«Al ver á su señora en tierra, sin sentido y ensangrentado el rostro, arrojóse sobre ella y separando con violencia al Monarca le dijo :

— «Detente, señor. ¿Acaso quieres matar á tu esposa?

«Quedóse Amalarico suspenso breves instantes.

«Tal vez entonces comprendió la enormidad del crimen que habia cometido.

«Quizás sintió algun remordimiento por lo que hiciera, puesto que separó la vista del inerte cuerpo de su esposa.

«Pero al resonar de nuevo la acusadora voz de Hildeberta, reaccionóse y el despecho pintóse nuevamente en su faz.

— «Señor, señor; ¿qué has hecho de mi señora, de mi hermana? — decia la jóven con sollozante acento.

— «¡ Hildeberta! — gritó Amalarico. — Si en algo estimas tu vida, nada me preguntes; haz que enmudezca tu lengua sobre lo que acabas de ver, y cuando torne en sí, tu señora, hazle comprender lo que puede esperar de seguir oponiéndose á mi voluntad.

— «Mátanos de una vez, rey Amalarico, porque la muerte es preferible á los tormentos que nos haces sufrir.

— «¿Luego tú tambien me escarneces? Pues ruégale al cielo no quiera cobrar en tu amante las ofensas de tu labio.

— «¡ Euristelo! — exclamó la jóven aterrada por lo que acababa de adivinar en las frases del Monarca.

— «Sí, Euristelo, á quien vuestras impertinentes sugerencias han conseguido separar de mi gracia, pagará con su vida las ofensas que me inferís.

— «Pero eso es injusto, señor; castíganos á nosotras, mas no hieras al inocente.

— «Obraré cual me cuadre. Ya conoces mi última voluntad, mi irrevocable reso-

lucion, transmítesela á tu señora, y dile que mañana antes de la hora *sexta*, ha de tener lugar el suplicio de los culpables y su abjuracion del Catolicismo.

«Tras estas palabras, Amalarico salió de la estancia.

«Hildeberta quedó inmóvil durante algunos segundos.

«Al cabo de ellos dedicó todos sus cuidados á hacer volver en sí á su señora.

«Con un lienzo trató de restañar la sangre que brotaba de su herida,



«Rocióla el rostro con agua, y poco despues, vendada la frente y pálido el rostro, Clotilde podia cambiar algunas frases con Hildeberta:

«Refirióla la escena que acababa de mediar entre ella y su esposo, diciéndola finalmente:

—«Ya he formado mi resolucion; no me queda otro recurso que morir.

—«Y yo contigo, señora, —repuso Hildeberta.—¿Crees acaso que tu esposo y mi señor, ha de mostrarse conmigo mas clemente?

—«¿Por qué no?

—«La causa en ambas es la misma, existiendo además en contra mia, el amor que me profesa Euristelo.

—«No pierdas la esperanza; Euristelo puede vencer quizás la repugnancia de Amalarico; puede, en último caso, huir contigo de los Estados del Rey de los godos, y buscar amparo entre los francos.

—«¿Y por qué no has de hacerlo tú tambien?

—«Calla, Hildeberta; fuera llenar de baldon mi nombre, abandonar el palacio de mi esposo.

—«¿Acaso tu esposo, no te amenaza con la muerte?

—«¿Y qué importa ¿Mi deber me obliga á sufrir sin exhalar una queja, la suerte que á mi esposo le plegue darne.

—«¿Pero no encontraremos medio para evitar sus rigores?

—«Ninguno. Ya has visto la suerte que han obtenido los mensajeros que enviaba á mis hermanos. ¿Quién ha de querer afrontar los peligros que semejante comision ha de ofrecerles, ni como tampoco yo expondria á ninguno á buscar la muerte por mi causa?

—«Tienes razon.

«Y la jóven inclinó la cabeza, afectada por la justicia que encerraba el razonamiento de su señora.

«Durante un buen espacio no se escuchó en la sala otro rumor, que el producido por las agitadas respiraciones de ambas.

«De pronto murmuró Clotilde:

—«¡Oh! si mis hermanos supieran cómo es tratada la hermana, á quien tanto amaban, en la corte de los godos!...

—«Fuerza es que lo sepan,—repuso Hildeberta con resuelto acento.

—«Calla, hermana; eso es imposible.

—«No.

—«¡Cómo!

—«¿Tú quieres enviar un nuevo mensajero á tus hermanos?

—«Fuera exponerle á una muerte cierta, y no habrá, cual te he dicho, ninguno que quiera; ni yo tampoco he de exponerle.

—«¿Y si lo hubiera?

—«Tu cariño, tu lealtad, Hildeberta, te hace juzgar á los demás por tí misma.

—«¡Oh! te juro, señora, que quisiera ser en estos momentos hombre para acudir en tu defensa.

—«Pero desgraciadamente eres débil mujer como yo.

—«Mas, sin embargo, yo sé de un caballero que no vacilará en acudir en nuestro auxilio.

—«¿Teudis, acaso?

—«Desde luego.

—«Ya te he dicho que por mi causa, tal vez, se halle en estos instantes expuesto á las iras de su señor.

—«Todavía cuento con otro.

—«¿Quién es?

—«¿No lo adivinas, señora?

—«No acierto...

—«Euristelo.

—«¡Euristelo!... No, Hildeberta, no quiero abrir otra herida mas horrible en tu corazon; no quiero tampoco causar un nuevo remordimiento á mi combatida existencia.

—«¿Qué mejor suerte pudiera obtener el elegido de mi corazon, que recibir la muerte por tí, señora?

—«¡Oh, Hildeberta! ¡Cuán digna eres de mi afecto!

—«¿Luego, aceptas mi proposición?

—«No, no puedo, no debo aceptar tan generoso proceder.

—«Yo quiero que lo aceptes.

«Y la noble jóven abandonó los brazos de su señora, y corrió hácia la puerta del aposento.

«Desapareció tras ella, y no pasó mucho tiempo sin que volviese á aparecer acompañada por Euristelo.

«Al verle Clotilde, volvióse hácia su amiga, y con acento de dulce reconvención la dijo:

—«¿Con que ha sido inútil mi negativa?

—«¿Y pudiste pensar otra cosa? Euristelo mismo te dirá que hubiera considerado como una ofensa, el que mi amor no contara con él.

—«Así es, señora; dispuesto me hallo á dar mi vida por tí. Ordena qué he de hacer.

—«Nada, — contestó la reina. — Harto me duele la suerte de los desgraciados que han querido servirme.

—«Escucha, Euristelo, — dijo Hildeberta dirigiéndose á su amante. — ¿Estás seguro de mi amor?

—«Si no lo estuviera no podría vivir.

—«Pues bien, en nombre de ese amor, tal vez poniéndole por precio del servicio que voy á exigirte, te ruego que me escuches.

—«Habla.

—«Repara que es grande el favor que vas á hacer.

—«No importa.

—«Que tal vez pierdas la existencia.

—«Perderla por tí es mi única ambición.

—«Ya lo oyes, señora, — exclamó Hildeberta volviéndose hácia Clotilde.

—«¡Noble corazón! murmuró esta.

—«Acaba de decir lo que resta á tu secreto, dijo á su vez el jóven.

—«Vas á partir en busca del rey Childeberto.

—«Partiré.

—«Amalarico tiene espías por do quiera; todos los caminos deben estar vigilados, y es necesario que adoptes grandes precauciones.

—«No me importan esos espías; yo sabré burlar su vigilancia.

—«Verás al mismo Childeberto.

—«Le veré.

—«Dile que su hermana es víctima del rey de los godos; que este, ha faltado indignamente á todas sus promesas; que la obliga á que abjure de su religión, y que es necesario que acuda en su socorro.

—«¿Y querrá creerme Childeberto?

«A esta pregunta del jóven, ambas mujeres quedaron inmóviles y silenciosas.

«Era tan natural esta observacion, en la cual ninguna habia caido, que las hizo enmudecer.

«Efectivamente, ¿por qué medios iba á justificar Euristelo la verdad de sus palabras?

«¿No podia creerle Childeberto un impostor, y tratarle como tal?

«Era demasiado grave la acusacion que iba á hacer, y por lo tanto precisaba que la justificase de una manera suficiente para que los reyes francos pudieran creerlo.

—«Para que mi embajada pueda tener un éxito feliz,—dijo Euristelo al cabo de algunos segundos, — es necesario que me entreguis alguna prenda, algun objeto que Childeberto pueda conocer.

—«Dices bien,—repuso Hildeberta.—Mira, señora,—continuó dirigiéndose á Clotilde,— el cinturón que llevas fue precisamente regalo de tu hermano; forma parte del traje que te hicieron en Arlés, y Childeberto no puede haberle olvidado.

—«Con eso me basta.

—«Toma, y quiera el cielo que esta prenda de reconocimiento que te entrego, no sea tu sentencia de muerte.

—«Ya te dije, señora, que recibirla por tí fuera todá la ventura que pudiera apetecer.

«Y Euristelo tomó el objeto que Clotilde acababa de quitarse de su cintura.

«Hildeberta fijó sus miradas en el lienzo que, empapado en la sangre de su señora, estaba en el suelo, y cogiéndole exclamó:

—«Para que Childeberto te reconozca, tienes ya la prueba; para que se convenza de los malos tratamientos de Amalarico, le hace falta este pañuelo, tinto con la sangre de mi señora. Llévasele, y que esto sirva de incentivo para que en alas de su furor acuda inmediatamente en nuestro socorro.

—«Yo te juro, señora, que ó pereceré en la demanda, ó Childeberto sabrá por mi labio todo cuanto sucede en la corte del rey Amalarico.

—«Gracias, Euristelo. Rogando á Dios quedará porque te preste auxilio en tu empresa.

—«Dios me ayudará, porque es justa.

—«Sin embargo, ya ves la suerte que han alcanzado los que te precedieron en ella. Aun estás á tiempo; no quiero ser causa de nuevas desdichas. Si comprendes que el peligro es inevitable; si el temor embarga tu pecho, abandóname á mi suerte: menos desgraciada seré así, quizás, que habiendo sido la causante de tu muerte y de la desdicha de mi hermana Hildeberta.

—«No abrigues recelo alguno. Voz interior me dice que llegaré á presencia de Childeberto, y que regresaré, unido á los guerreros francos, que acudirán en tu auxilio.

—«Dios te oiga.

—«A mi vez, Euristelo, una sola palabra he de decirte,—añadió Hildeberta.

—«Habla.

—«El premio de tu espedicion es mi amor. Procura alcanzarle.

—«¡Oh! siendo tan rico el galardón, ¿cómo no he de procurar obtenerle?

«Poco despues Euristelo, que habia ocultado cuidadosamente los objetos que se le confiaran, salia del palacio, dirigiéndose á la casa de Teudis.

«Violenta agitacion se hallaba retratada en el rostro del noble anciano.

«Sentado cerca de una mesa, con la frente apoyada en sus manos, frases inconexas escapábanse de sus labios revelando en ellas la perturbacion de su espíritu.

«Al ligero rumor que produjo la aparicion de Euristelo, alzó la cabeza, y fijando en él su anhelante mirada le dijo:

—«¿Le has visto, acaso?

—«¿A quién, señor?— contestó el jóven sorprendido.

—«¿Has sido víctima tambien de su iracundo genio y de su desagradecimiento?

—«No te comprendo.

—«Entonces has sido mas dichoso que yo.

—«Pero explicate, señor, ¿qué te sucede? ¿Qué nueva desdicha te aflige? ¿Qué ha pasado desde que yo salí de aquí?

—«¿Qué puede suceder mas que nuevos dolores para mi pobre corazón?

—«¿Acaso Amalarico?...

—«¡Oh! ¡cuán ingrato es! ¡En qué poco tiene mis servicios! ¿Quién pudiera decirme que habia de recibir un pago semejante?

—«Pero acaba de explicarte.

—«Ni mi espíritu, ni mi corazón, saben hacerlo.

—«¡Cuánto me apena verte así, noble Teudis.

—«Jamás, jamás pudiera creer que Amalarico llegase á semejante extremo.

—«¿Ha desechado tus consejos?

—«Há tiempo que ningun caso hace de ellos.

—«Entonces, ¿qué te aflige ahora?

—«Nuevas ingratitudes, desengaños nuevos con que llegará á poner término á mi existencia.

—«Y tú, el valiente, el esforzado, el prudente guerrero godo, ¿irás á abatirte ahora por la ingratitud de un desagradecido?

—«Es que en esa ingratitud para conmigo, veo envueltos muchos y terribles males para mi país.

—«Es posible,—murmuró con amargo acento el jóven.

—«Amalarico se ha arrojado ciegamente en brazos de esa turba de magnates ambiciosos, á quienes hasta ahora tuvo dominados mi poder. Ellos ansian vengarse de mí y no saben que en su venganza están jugando la suerte de este reino, que á costa de tantos afanes conseguí poner en tan floreciente estado.

—«Tienes razon.

—«Me persiguen en cuanto amo. Cuanto saben que me interesa, cuanto saben que por mi influencia se realizó, todo tratan de destruirlo; y esa desventurada reina, tan implacablemente perseguida por Amalarico, va á ser precisamente la causa de los males que se preparan contra los godos.

—Cierto. No há mucho ha tenido lugar en palacio una afrentosa escena entre ambos cónyuges.

—Lo sé. El mismo Amalarico ha tenido valor para confesármelo.

—«¡Amalarico! ¿Pues, acaso, estuviste en palacio, señor?»

—«Sí; apenas hubiste salido de aquí recibí un recado del Monarca, obligándome á marchar inmediatamente á verle. Cuando llegué estaba hablando con Clotilde, y hube de esperarle. Cuando apareció ante mí, en lo demudado de su rostro comprendí todo lo agitada que debería haber sido aquella escena. El Rey con acento colérico me dijo, que ya estaba cansado de mis observaciones; que se había propuesto ser rey, y que sus primeros actos habian de ser el castigo de los mensajeros que la reina enviaba á sus hermanos, la violencia que mañana quiere ejercer en Clotilde para que renuncie al Catolicismo, y el destierro mio.

—«¡Tu destierro!»

—«Sí, —repuso el anciano con amargura;—mi destierro, y con severas amenazas de muerte.

—«¡Oh! ¡Qué infame proceder!»

—«El golpe que recibí fue terrible, mas seguro de haber obrado en todo, cual cumple al hombre honrado, contestéle cual debía. Mi vida es suya, y puede disponer cual le plazca; pero mi voz que ni sabe, ni puede adular, censuróle duramente su proceder para con la sin ventura Clotilde; le pedí gracia para aquellos mensajeros, y solo pude obtener en cambio del afecto que le he profesado, de los grandes servicios que le hice, de la lealtad con que desempeñé el cargo que se me impuso, escuchar de sus labios frases duras é insultantes, y amenazas que quizás hubiera llegado á realizar, á no abandonar yo el palacio.

—«¿Y todavía continuarás sirviendo á un rey así?»—preguntó Euristelo con acento tembloroso de ira.

—«No. El mismo acaba de romper los vínculos que nos unian. Ya no soy su vasallo.

—«Ni yo tampoco. Prueba de ello que marchó en busca de Childeberto.

—«¡Cómo! ¿Qué dices?»

—«Voy con encargo de Clotilde para que acuda á salvarla su hermano.

—«Euristelo, hijo mio, —exclamó el anciano con afectuoso y tierno acento;—reflexiona que esa mision puede causar tu muerte.

—«No puedo consentir que sufra por mas tiempo esa desventurada reina.

—«Pero Childeberto no querrá creerte.

—«Llevo pruebas que han de dejarle cumplidamente satisfecho.

—«Cúmplase la voluntad del cielo, —repuso el anciano al cabo de algunos instantes de reflexion.—Deber tienes de prestar auxilio á los que sufren, y no seré yo quien te aparte del cumplimiento de ese deber. Amalarico, con su proceder se ha hecho merecedor de la suerte que le aguarda.

—Childeberto, lo mismo que sus hermanos, se armaran en seguida.

—«Y todo el fruto de mis trabajos caerá por tierra en un instante.

—«Sálvese la reina, que tiempo nos quedará á los buenos godos para recobrar lo que hayamos perdido.

—«Dices bien. ¿Cuándo vas á partir?

—«Apenas cierre la noche. A favor de sus sombras, y del disfraz que pienso adoptar, confío burlar la vigilancia de los espías de Amalarico.

—«Está bien; no partirás solo.

—«¿Qué quieres decir?

—«Que yo voy contigo.

«Tan inesperada fue esta proposicion de Teudis, que Euristelo no pudo menos de mirarle sorprendido, diciendo al cabo de algunos instantes:

—«Pero, ¿estás en tí, señor?

—«Sí, por cierto; ¿no me ha desterrado Amalarico? ¿qué de extraño tiene, que cuando mi mismo rey quebranta los vínculos que nos unian, vaya, no á buscarle enemigos, sino á acogerme al amparo de otros reyes que mejor sepan apreciarme?

—«Es que en este viaje existen, como tú mismo has dicho, bastantes peligros.

—«Los afrontaremos juntos.

—«Sea en buen hora,—repuso Teudis con voz resuelta.—Clotilde invoca la ayuda de sus hermanos para que obliguen al rey al cumplimiento de un tratado que yo hice en su nombre. ¿Qué de extraño tiene que sea el mismo que se ve menospreciado quien vaya á justificarse ante aquellos que, con mucho derecho, pudieran reconvénirle?

—«Obra como te cuadre, señor; si algo te he dicho, fue únicamente por el temor que me ocasiona el peligro que has de arrostrar. Tu sabiduría, mas que la mia, aconsejarte puede lo que mejor has de hacer; y si decidido te hallas, réstame solo defender tu vida hasta perder la mia.

—«Gracias, Euristelo; tienes un noble corazon, y no sé que voz misteriosa me dice nuestra mision tendrá satisfactorio éxito.

«Pocas palabras cruzáronse desde aquellos momentos entre ambos interlocutores.

«Cada uno, preocupado con sus pensamientos especiales, dedicóse única y exclusivamente á los preparativos del viaje que iba á emprender.

«Ageno se hallaba Amalarico de la tempestad, que sus inconveniencias y lo violento de su carácter habian formado.

«Recreábase con la idea, de que aterrada Clotilde por el mal trato de que la hizo víctima, cumpliría su voluntad abjurando del Catolicismo, segun le habia exigido.

«Con sus consejeros íntimos, con los que envidiosos de Teudis, habian procurado solamente destruir todos los trabajos hechos por el antiguo regente y malquistarle en su ánimo, solazábase, en virtud del convencimiento que ya hemos indicado.

«Entre tanto Teudis y Euristelo adoptaron diversos disfraces, saliendo por puntos opuestos, y evitando las vias mas frecuentadas se alejaron de Barcelona, habiendo antes convenido el punto donde se reunirían.

«Numerosas partidas de soldados rondaban al rededor de la ciudad, al objeto de evitar que ningun mensajero de Clotilde pudiera salir de ella.

«Teudis y Euristelo eligieron como momento mas á propósito para emprender su

expedición, aquel en que los labradores de las inmediaciones que habían traído sus frutos á la ciudad, regresaban á sus hogares.

«Confundidos con ellos anduvieron un largo trecho, y una vez lejos de la ciudad reuniéronse, prosiguiendo juntos el viaje.

«El inmediato día señalóse con nuevas escenas de violencia.

«El Monarca mandó llamar á Euristelo.

«Habíale sorprendido su ausencia durante todo el día anterior, y como ya sabemos que el jóven, protegido por Teudis se había criado en palacio al lado de Amalarico, y que este conocía sus amores con Hildeberta, quiso tenerle junto á sí para el momento en que la abjuración de Clotilde llevase en pos de sí la de su amiga, desapareciendo en su consecuencia el obstáculo que se oponía á la realización de su matrimonio.

«La respuesta que Amalarico recibió, dióle en qué pensar.

«Euristelo no estaba en palacio, ni le habían visto desde el día anterior.

«Aquella contrariedad excitó mas sus deseos de ver al jóven, y nuevos mensajeros partieron hácia la casa de Teudis, suponiendo que allí pudieran hallarle.

«Pero la respuesta que le trajeron, hízole concebir sospechas que, si por el momento no pudo definir, mas tarde encontró completamente justificadas.

«Sabedores sus consejeros de que ni Teudis ni Euristelo estaban en la ciudad, encontraron en esto motivo para lanzar nuevas acusaciones contra el regente, y bajo la presión de las primitivas sospechas que Amalarico concibiera, y la de las acusaciones que aquellos habían lanzado, dirigióse á las habitaciones de su esposa con ánimo de ver si esta sabía, ó se encontraba de acuerdo con los fugitivos.

«Hildeberta, que había sabido por Euristelo el momento en que se ponían en marcha, que con vivísima inquietud había pasado lo mismo que su señora las horas que á su partida siguieron, llenas de inquietud, habían concebido esperanzas en la realización de su empresa, desde el momento en que les juzgaron fuera de peligro por las horas transcurridas sin que les hubieran hallado.

«Esta seguridad fue tomando mayores proporciones durante el día, y en el momento en que Amalarico penetró en la estancia, abrigaban la seguridad completa de ser prontamente socorridas.

«Hildeberta aleccionada ya por el atentado de que su señora había sido víctima durante su ausencia, no se separaba un momento de ella; así fue que, al penetrar el Rey en el aposento de su esposa, lo primero con que tropezó fue con la mirada audaz, y hasta cierto punto provocativa, de la valiente jóven.

«Sin embargo, no hizo alto en aquello que fácilmente hubiera podido indicarle el estado en que se hallaba Hildeberta desde el día anterior, y se dirigió hácia su esposa que, como siempre, tembló al ver el Monarca ante sí.

—«Creo, señora,—la dijo,—que te hallarás dispuesta á satisfacer mi voluntad cumplidamente, segun ayer indiqué.

—«No te comprendo. La violencia de que me hiciste objeto, borró de mi mente cuanto me habías dicho.

—«Hildeberta quedó encargada de recordártelo.

—«Harto tuvo que hacer la desdichada, curando la herida que tu indigno trato me causara.

—«Hubieras cedido á mis deseos, conforme te exigí, y evitárasme ese trato de que te quejas.

—«Hubieras tú cumplido, señor, aquello á que te obligaste, y no me pusieras en el caso de fatigarte con mi negativa.

—«Derecho tengo para mandarte.

—«Y á mí la razon me asiste para no acceder.

—«Clotilde, ve que vas de nuevo á obligarme á castigarte, —dijo el Monarca haciendo esfuerzos para contener su cólera.

—«Dispuesta me hallo á todo, señor,—repuso la jóven reina;—pero teme el dia en que tengas que dar cuenta á mis hermanos, de la conducta que usas conmigo.

—«Tus hermanos ignoran lo que pasa aquí. Tus mensajeros han pagado ya con la vida su delito y á nadie debo dar cuenta de mis acciones.

—«Te engañas, señor; Childebarto sabrá las violencias de que ha sido víctima su hermana.

«Amalarico fijó una mirada iracunda en Hildeberta que acababa de pronunciar aquellas frases, y asiéndola violentamente por una mano, la dijo:

—«Mientes, mujer; Childebarto nada sabrá.

—«Suéltame, señor, que no soy tu sierva para que así me maltrates.

—«Tú, y tu señora, renunciareís hoy mismo al Catolicismo.

—«Nunca,—repuso Clotilde con resolucion.

—«Ya lo has oido, rey,—añadió Hildeberta.

—«¿Es decir, que no quieres unirme á Euristelo?

—«Sí; mas me uniré siendo cristiana.

—«No lo consentiré.

—«Mal de tu grado habrás de consentirlo, porque Childebarto nos librá de tu poder.

—«Si cifras en eso tu esperanza, piérdela para siempre.

«Clotilde y su amiga no pudieron menos de extremecerse al escuchar estas frases.

«Temieron que Euristelo y Teudis hubiesen caido en poder de Amalarico, y que en esta seguridad hablaba.

«Pero el mismo rey se encargó de tranquilizarlas respecto á este particular.

—«Euristelo, —dijo,—desesperado sin duda por mi negativa á ceder á que renuncie al arrianismo, para ser tu esposo, ha salido de Barcinona; y cuando torne, tornará sin duda curado de su loca pasion.

—«No lo esperes, señor; volverá mas amante que nunca.

—«Pero os ha de encontrar arrianas.

—«Escucha, señor,—dijo Clotilde impidiendo que Hildeberta hablase, temerosa de que en esta descargase la ira de su esposo, pues vió en la resolucion que brillaba en la mirada de la jóven lo que iba á decir. —No me culpes por lo que ha pasado, pero ve que tú mismo díste lugar á ello.

—«¿Qué quieres decir?—preguntó Amalarico sorprendido.

—«¿Recuerdas bien la condicion con que mis hermanos accedieron á nuestro enlace?

—«Yo no asentí á semejante condicion. Teudis en nombre mio pactó lo que yo no hubiese aceptado sin desdoro de mi dignidad.

—«Te engañas, Amalarico. Tú mismo empeñaste solemnemente tu palabra á los enviados de mis hermanos, de que jamás me forzarias á cambiar de religion.

—«¿Y era eso acaso lo que ibas á decirme?

—«No. Deseo únicamente no ser causa de un grave quebranto para tu pueblo y tal vez de una desdicha para tí.

—«No te comprendo.

—«Mis hermanos sabrán tu conducta.

—«Desecha ese temor. Tengo tomadas mis precauciones, y ningun mensajero podrá llegar hasta Childeberto ó Clotario.

—«¡Fatal error!

—«No tienes mas remedio que ceder á mi demanda.

—«¿Sabes donde está Euristelo?

—«Es un mal vasallo que abandona á su señor; mas alguna disculpa merece en gracia de su loco amor.

—«¿Sabes dónde está Teudis?

—«¿Qué quieren decir esas preguntas?—dijo el Monarca á quien iba poniendo en cuidado aquel interrogatorio.

—«Responde, señor, ¿conoces el paradero de esos dos mas fieles vasallos tuyos?

—«No; pero juro por mi nombre averiguarlo.

—«Yo te lo diré.

—«¡Tú!—exclamó Amalarico con una sorpresa que cada vez iba en aumento.

—«Sí; yo, porque por mi causa se hallan fuera de Barcelona.

—«¡Será cierto!

—«Teudis y Euristelo dentro de breves dias se hallarán en París, ante mi hermano Childeberto.

—«¡Oh! ¡miserable de tí!—exclamó el Monarca dando un paso hácia Clotilde con amenazador ademan.

—«Castígame, si te place; quítame la vida, si tal es tu voluntad, pero teme ¡oh, rey! la cumplidá venganza que tomarán mis hermanos.

—«Pero, eso no puede ser. Si Teudis no ha venido á palacio, si Euristelo no estaba aquí ayer, ¿quién ha podido decirles?...

—«Yo;—repuso Hildeberta que no queria ceder en valor á su señora.—Euristelo varias veces me habia ofrecido su vida; rechacé siempre su ofrecimiento, mas cuando ví ayer el ultraje que inferiste á mi señora, al ver que no solamente habias dado al olvido tu solemne promesa, sino que te tornabas en su verdugo, ya no vacilé; le pedí la existencia, pues sabia que el intentar marchar en busca de Childeberto equivalia á eso, y marchó acompañado de Teudis.

«La calma con que Amalarico estuvo escuchando las frases de la jóven, era mas terrible y mas amenazadora que la mas violenta explosion de su cólera.

«Al cabo de algunos minutos dijo:

—«Bien habeis hecho en no guardar por mas tiempo el secreto de su marcha; dos dias es muy corto espacio para que se hallen léjos de la ciudad; yo les cogere antes de que lleguen á su destino, y por quien soy os juro, que con ellos terminare esa série de mensajeros que, en mal hora, tratásteis de enviar á Childeberto. Despues que se hallen en mi poder, tú, Hildeberta, como su cómplice, pagarás como ellos; y tú, esposa indigna, que así te atreves á desobedecer las órdenes de tu esposo y señor, no tendrás mas remedio que doblegarte á mi voluntad.

—«Si es para obrar contra mi conciencia, harto lo sabes, Amalarico, todas las violencias del mundo no serán suficientes á hacerme ceder.

—«De otra manera pensarás al ver perdida tu esperanza.

—«Lo mismo.

—«Agradece á que no quiero mostrarme contigo desatento, ya que acabas de darme una nueva que me llena de júbilo, el que no te haga pagar cara tu osadía por hablarme de la manera que lo haces. Precisamente me has proporcionado el pretexto que necesitaba para castigar las demasías de Teudis, y por tan buen servicio mereces la recompensa que te doy, dejando sin castigo lo atrevido de tus conceptos.

—«¿Y ese es el pago que reservas á quien, como Teudis, tanto bien te ha hecho?

—«Es un traidor.

—«Teudis solo ha querido lo mismo que yo, evitar que los pérfidos consejos te arrastren á cometer acciones indignas de tí.

—«Os agradezco tan buenos deseos, y pronto, si el cielo me ayuda, he de pagarosles cual se merecen.

«Y sin añadir mas palabra, dejando á entrambas mujeres en un mar de confusiones y de temores salió del aposento.

«Fuera de él toda la aparente calma de que se revistiera en su presencia, desapareció.

«Reunió apresuradamente á sus parciales, refirióles el crimen cometido por Teudis y Euristelo, y poco despues numerosas fuerzas salian en su persecucion al objeto de ver si podian alcanzarlos, antes de que penetraran en los Estados de los hermanos de Clotilde.

«Desde luego supusieron que les seria difícil, puesto que no era presumible ni que fueran por las vías que aquellas emprendian, ni que hubiesen caminado tan despacio que les pudiesen dar alcance.

«Tampoco se les oscurecia lo mismo al Monarca que á sus consejeros, que si los enviados llegaban á presencia de los hermanos de Clotilde, la guerra era inminente.

«Precisamente, segun hemos tenido ocasion de ver, los francos y los godos no vivian en la mejor armonía.

«Primeramente, la cuestion de territorios habia dado márgen á las guerras que sostuvieran; mas tarde, la cuestion religiosa mezclóse tambien en la contienda, y única-

mente, merced á la prudencia y discrecion de Teudis, habíase podido establecer la paz por medio del matrimonio de Clotilde con Amalarico, y bajo las condiciones de que este respetaria la religion de aquella.

«No solamente esto no habia sucedido, sino que á la exigencia unióse el ultraje, y lógico era que, roto el dique que hasta entonces contuviera la enemistad que profesaban los francos á los godos, invadieran los ejércitos de aquellos los Estados de estos.

«A prevenir semejante eventualidad, preparóse inmediatamente Amalarico.

«Suspendió la convocatoria que para aquel dia hiciera, al objeto de que Clotilde abjurara, y dió orden que estuviera dispuesto su ejército para, si no conseguia dar alcance á los enviados de su esposa, avanzar resueltamente hácia el país de los francos á fin de rechazar la fuerza con la fuerza.

«Entretanto Teudis y Euristelo, caminando sin descanso y por las sendas mas ocultas, llegaron por fin al término de su destino.

«Una vez en París presentáronse á Childeberto, al cual hablaron en presencia de sus cortesanos de la manera siguiente:

—«Poderoso Monarca,—dijo Teudis;—creo reconocerás en mí al que un dia tratara contigo el enlace de tu hermana con mi señor.

—«Alza Teudis; te reconozco, y admírame tu presencia y tu disfraz. ¿Qué significan una y otra cosa?

—«Menester ha sido envilecernos con estos ropajes para poder salir ocultamente de Barcelona, y burlar á merced suya las pesquisas de Amalarico para llegar hasta tí en demanda de auxilio para tu hermana.

—«¿Pues qué acontece á Clotilde?—repuso el monarca vivamente.

—«Señor, comprometéme solemnemente contigo, y en nombre de mi rey, á que respetadas serian las creencias religiosas de tu hermana; en su consecuencia, tú concediste la mano de Clotilde para Amalarico, comenzando por medio de esta alianza una era de paz entre vuestros respectivos Estados.

—«Todo ello es muy cierto, y por tu parte debes enorgullecerte por haber llevado á feliz término la idea que te propusiste. Pero ¿acaso desconociendo tu pupilo, el rey Amalarico, tus servicios?...

—«Señor, mi obcecado pupilo, dando oído á pérfidas sugerencias de los que solo procuran conquistarse su real afecto para medrar, mírame con profundo recelo: yo sufriera con resignacion sus injustas iras, que leal soy á mi señor, pero...

—«¿Por qué te detienes?

—«Es muy grave, señor, lo que tengo que comunicarte, y pláceme en alto grado poder hablarte en presencia de tanto ilustre guerrero como te rodea, porque espero que á par tuyo harán justicia á mi conducta, sin que nunca pueda equipararse esta con la de un traidor.

«Miraron con sorpresa los magnates á Teudis, y el semblante de todos revelaba bien claramente las simpatías que les merecía y el afán que tenían por conocer el asunto de que iba á tratar. Por su parte Childebarto no tenía menos deseos de ver aclarada la duda que había nacido en su alma, desde el momento en que Teudis comenzara á hablar, haciendo referencia á la union de Clotilde y de Amalarico.

—«No demores, pues, noble godo, el momento de poner en mi conocimiento el motivo que á mí te conduce, y que juzgo será de gran magnitud, cuando un hombre tal como tú lo eres, dotado de gran experiencia, se ha determinado á dar un paso de tal naturaleza.

—«Razon tienes en creerlo así, y bien pronto conocerás por tí mismo la gravedad del asunto que aquí me trae, acompañado de este noble mancebo, que ha querido partir conmigo los peligros que arrostrarse debían para llegar hasta tí.

«Fijó Childebarto sus ojos en Euristelo, y debió serle simpático, á juzgar por la benevolencia con que le tendió la mano, que Euristelo se apresuró á llevar respetuosamente á los labios. Despues le dijo:

—«Bien venido seas, valiente jóven, que así prestas tu apoyo á aquel virtuoso varon que de tí necesita.

«Euristelo, conmovido ante tan favorable acogida, saludó graciosamente al monarca y separóse convenientemente, y dejando en primer término á Teudis, que se disponía á cumplir la delicada mision que se le encargara.

—«Poderoso rey, nobles caballeros, dirijese á vosotros en este instante solemne, mi señora y reina Clotilde, en demanda de pronto socorro.

«General fue el asombro con que oyeron todos los circunstantes las frases vertidas por Teudis; Childebarto, presa de la mayor ansiedad, exclamó:

—«¿Quién osa, pues, amenazarla? ¿Qué peligros la rodean?

—«Atiéndeme, señor.

—«Habla, habla pronto.

—«Olvidando mi rey y señor la palabra que yo, en su nombre diera, pretende obligar á su esposa á abjurar la religion que profesa, sustituyéndola con la arriana.

«La indignacion pintóse en todos los semblantes al saber noticia tal, y únicamente guardaron silencio los circunstantes, contenidos por el respeto que debían á su rey allí presente; este tomó la palabra, y con airado acento, que en vano pugnaba aplacar, dijo:

—«Jamás creyera que aquel que se sienta en un trono, llegar pudiera á tal grado de vileza, relegando al olvido sus mas sagradas promesas. Consuélame, empero, el que no se atreverá á mortificar á mi hermana al recibir de esta una formal negativa.

—«¡Ah, señor! no me hallara yo en tu presencia si pasado no hubiera Amalarico de hacer indicaciones; pero lo que en un principio trató de obtener por medio de los halagos y dulzuras, hoy, viendo su ineficacia, se propone alcanzarlo por medio de la violencia.

—«¿Se ha atrevido?...

—«Ruegos y amenazas se han estrellado ante la inquebrantable voluntad de la vir-

tuosa reina, y no há muchos dias que, exasperado Amalarico con la obstinada resistencia de Clotilde, fuera de sí lanzóse sobre ella, y agarrándola fuertemente por el brazo derribóla brutalmente á sus piés, bañando el real pavimento la noble sangre de tu hermana.

—«Con toda la suya pagará el infame que á tanto se ha atrevido.

«Amoratado el semblante á consecuencia de la indignacion que le dominaba, Childeberto con trémulo labio repuso dirigiéndose á sus nobles:

—«Pintada miro en vuestra faz, valientes caballeros, la indignacion que os domina, y que en vano como yo tratarías de ocultar. La prudencia y el buen tacto de este noble embajador alcanzó que los francos y los godos depusieron sus odios y dejasen de guerrear como á enemigos. Fielmente he cumplido los compromisos que contraí, y puesto que se me provoca de un modo indigno, rómpase de nuevo el dique de nuestras iras y caiga sobre Amalarico y sus pérfidos consejeros la sangre que se derrame.

«Teudis, entera fe doy á tus asertos, y muy pronto será socorrida mi noble hermana.

—«Tomad, señor, — dijo Euristelo presentando un pañuelo empapado en sangre; — este lienzo y la sangre que lo empapa, pertenecen á vuestra hermana.

«A la vista de las rojas manchas, no pudieron contenerse por mas tiempo los nobles francos presentes, y exasperados, clamaron pidiendo venganza pronta, con voces enronquecidas por el coraje.

—«Sí, venganza, guerra, y guerra sangrienta; — dijo Childeberto apoderándose del ensangrentado pañuelo. — Disponedlo todo, volad cada uno á donde vuestra presencia haga falta segun vuestros cargos y que al lucir el nuevo sol vea yo mis huestes dispuestas para salir á invadir el territorio godo.

«Saludaron los nobles y salieron con presteza de la real estancia, resueltos á cumplir cada uno su respectivo cometido para volar al combate que anhelaban.

«Una vez á solas Childeberto con Teudis y Euristelo, bajó las gradas del trono tendiendo su diestra mano á ambos:

—«Cruzad, noble Teudis, y tú gentil mancebo, vuestra diestra con la mia, que dignos sois ambos de que se os honre. Pedidme aquello que mas á placer os viniere, y yo ofrezco dároslo en premio á vuestra noble conducta.

—«Cumplido hemos con nuestro deber, especialmente yo que te juré serian respetadas las creencias religiosas de Clotilde. Nuestra mision ha terminado y deploro las consecuencias de ella, pues preveo los males que sobrevendrán.

—«Así lo ha querido tu rey. Deber mio es volar en auxilio de mi hermana, y vengarla de los ultrajes que se le han inferido y no debes mostrarte condolido por haberte encargado de poner en mi conocimiento los agravios inferidos á una débil mujer que es tu soberana.

—«Jamás podrá pesarme cumplir con mi deber; he obrado segun mi conciencia y estoy satisfecho de ello; pero me contrista que la obcecacion de Amalarico haya creado una escision tal, que haga precisa é irremediable la guerra entre dos pueblos que tanto necesitan de la paz.

—«Teudis, parécenos á veces un mal aquello que no lo es; así pudiera acontecer

que esta guerra á que hoy se me provoca, inaugurase, al terminar, una larga y benéfica paz.

— «Así sea, — replicó conmovido Teudis.

«A una voz del Monarca, acudió un servidor inmediato, al cual encargó aposentara dignamente á los dos embajadores.

— «Descansad, que bien lo habeis menester, para que os halleis en estado de seguir á mis huestes, si es que no preferís quedaros aquí donde nunca estaréis de mas.

«Teudis y Euristelo dieron las gracias al monarca que tanto les distinguia, y salieron de la cámara real en pos de su guia.

«No transcurrió mucho tiempo sin que Childeberto á la cabeza de un ejército respetable abandonara sus Estados, dispuesto á invadir los de Amalarico para vengarse cumplidamente de las ofensas de que habia sido víctima su hermana.

«Mas pronto de lo que el rey godo sospechara, tuvo noticias de la invasion de los francos y apresuróse á salirles al encuentro, con tal precipitacion, que no le fue dado reunir los elementos que necesitara para vencer en la lucha por él provocada.

«Uno de sus mas allegados consejeros trataba de convencer á Amalarico que demorase su salida hasta tanto que se considerara con los medios necesarios para combatir al poderoso franco.

— «¿Quieres, — replicó bruscamente Amalarico; — que salga al encuentro de mi enemigo cuando este se haya apoderado de la mayor parte de mis Estados?

— «Yo solo quisiera asegurar la victoria.

— «Modo de alcanzarla es el acudir cuanto antes á reprimir las huestes invasoras; entre tanto que las contengo, pueden oportunamente juntarse los refuerzos que á su tiempo se me unirán para arrollar á esos francos maldecidos acorralándolos y persiguiéndolos hasta el corazon de su propio pais.

— «¡Ojalá no tengas porque arrepentirte de tu precipitacion!

— «Antójaseme que tienes miedo. Tan previsores cuidados debieras haberlos tenido en cuenta tú y tus amigos, los que me habeis concitado á obrar del modo que lo he hecho con Clotilde y cuyos resultados son esta guerra.

— «Señor, — dijo humildemente el cortesano viendo el enojo de que se hallaba poseido Amalarico. — Culpa es solo de Teudis y Euristelo que han prestado moral apoyo á la rebelion de tu esposa, encargándose además de notificar al Franco monarca la voluntad de Clotilde.

— «¡Traidores! — exclamó Amalarico dando rienda suelta á su furor. — He de bañarme en su odiosa sangre si por suerte caen en mis manos algun dia, y la pérfida compañera por mí elegida así como su digna compañera, llorarán amargamente el peso de mi venganza.

— «Razon te sobra para mostrarte implacable.

— «No temas, no, que me ablanden sus lamentos. Hoy parto á combatir y si como espero torno vencedor ¡ay de ellos!

— «¿Y por qué no imponerles antes su condigno y justo castigo?

— «Porque quiero que este sea horrible, porque apetezco recrearme en sus padecimientos.

— «Si yo me hallara en tu caso...

— «Basta; no eres tú sino yo el que mando. Apréstate á acompañarme y no olvides que antes que fenezca el día quiero hallarme ya en camino.

«Y sin aguardar respuesta alejóse de su interlocutor que á su vez se dirigió sin pérdida de tiempo á cumplir las órdenes que de antemano recibiera de su señor.

«Por su parte Clotilde é Hildeberta tuvieron ocasion de convencerse de los acontecimientos que rápidamente se preparaban y no dejaban de abrigar sérios temores respecto á su futuro destino, pues harto conocian ambas de lo que era capaz el impetuoso Amalarico.

«Hallábanse en uno de esos momentos de mortal zozobra cuando el monarca apareció ante su vista en traje completo de guerra. Al verle, palidieron ambas mujeres.

— «Páreceme justo antes de partir, que me despida de mi esposa, la cual como es justo, sentirá mucho mi ausencia; atendiendo á estas razones me presento en este momento ante tí, convencido que sabrás apreciar este rasgo de cariño.

«La ironía que envolvian las frases de Amalarico hicieron temblar á las que con razon pudiéramos llamar prisioneras; esto no obstante, Clotilde se atrevió á balbucear algunas frases que mal encubrian el terror de que se hallaba poseida.

— «Ese traje me indica...

— «Que parto á combatir en breve. Este traje te indica que tu desobediencia á mis mandatos, así como tus pérfidas maquinaciones renuevan de nuevo las encarnizadas luchas entre el Godo y el Franco. Complacida debes estar con tu proceder. ¿Tú has querido sangre? pues bien, la sangre correrá á torrentes y con la de mis enemigos he de fertilizar los campos de mis estados, pero nunca he de perdonarte la que se vierta de los nobles pechos de mis guerreros.

— «Queríame obligar á abjurar de mi fe y á esto solamente yo me he opuesto; en todo lo demás me has visto siempre humilde y obediente. Aun quizá sea tiempo, desiste de tu idea y Childeberto...

— «Cierra pronto el labio ó no respondo de mí. No creas, no, que impune pueda quedar tu crimen. Apenas haya desbaratado las huestes francas acostumbradas ya á huir ante mis legiones, te juro que mi voluntad has de cumplir ó sucumbirás unida á los tuyos que haga prisioneros.

«Ni Clotilde ni Hildeberta contestaron á las frases del Monarca.

«Ambas pusieron de nuevo y con mas fervor su esperanza en el Dios que adoraban, esperando resignadas los acontecimientos que no habian de tardar en sobrevenir.

«Efectivamente, Amalarico marchó contra el enemigo con mas presuncion en las fuerzas con que contaba, que verdaderos elementos para contrarestarle.

«Su hueste organizada de prisa, por decirlo así, sin hábiles generales que la dirigieran, no era fácil que ventajosamente pudiera combatir contra los rudos guerreros francos, entre los que todavía quedaban muchos de aquellos famosos soldados de Clodoveo.

«Además en el ejército godo no reinaba el mismo espíritu que en el franco.

«Habíase esparcido la voz de que Childeberto venia á vengar los ultrajes hechos á su hermana, y como que entre las clases inferiores de los godos contábanse bastantes cristianos, y como que la causa del mal trato de Amalarico para con su esposa consistía en que esta era también cristiana, existían muchas simpatías en su favor y la guerra á que eran conducidos, no les era tan agradable cual les fuera en cualquier otro caso.

«La mayor parte del tesoro de Amalarico se hallaba en Narbona y á salvarlo, por decirlo así de la rapacidad de los francos, dirigiéronse todos los esfuerzos del godo.

«Apoyándose en la flota que combinaba sus movimientos con los del ejército llegó á avistarse con los enemigos, y una vez entablada la lucha comprendió Amalarico todo lo grave de la ligereza que cometiera, puesto que sus tropas, no solamente eran inferiores en número á las de aquel, sino que tampoco les eran superiores en valor.

«Resultado de esto, que la hueste goda quedó deshecha en breve espacio y su caudillo, reuniendo los dispersos restos que pudo, fué á buscar refugio en las naves que como ya hemos dicho, á prevención tenía dispuestas.

«Teudis había visto con profundo dolor la derrota de los suyos, y tanto él como Euristelo hubo momentos en que hubieran abandonado el campo de los francos para ayudar á sus compañeros.

«Mas se hallaban extremadamente vigilados y no pudieron escapar.

— «¿Dónde guarda sus tesoros vuestro rey? — habíales preguntado Childeberto después de la batalla.

— «Mira, señor, — contestóle Teudis; — harto comprenderás que ver no puedo con calma el triunfo que tus soldados acaban de obtener sobre mis hermanos, duéleme la suerte de los míos y quisiera evitar males mayores.

— «Vuélveme á mi hermana, entrégame los tesoros de tu rey, y yo te juro regresar á mis Estados, — repuso Childeberto que á pesar de su rudeza comprendía el dolor que aquejaba á Teudis.

— «¿Me juras hacerlo así?

— «Te lo juro.

— «Pues bien; yo á mi vez, por mi fe de noble honrado, aprovechando el pánico que en los míos ha causado su derrota, correré sin descansar hácia Barcelona antes que llegue á ella Amalarico y conduciré á Clotilde á tu poder

— «Y yo te esperaré en este mismo sitio.

— «¿Me das tu palabra de no avanzar?

— «Únicamente en el caso de que faltes á tu promesa.

— «No faltaré.

— «Dime ahora; ¿dónde están esos tesoros?

— «En Narbona.

— «Pues á Narbona irá mi hueste.

«Pocas palabras se cruzaron á partir de aquel momento entre Childeberto y Teudis.

«Este y Euristelo dirigiéronse inmediatamente á Barcelona encontrando por el camino multitud de soldados godos, dispersos de la batalla que poco antes tuviera lugar.

«Childeberto en virtud de lo que le dijera Teudis, envió una lucida hueste á Narbona para que se apoderase del tesoro que en aquel lugar guardaba Amalarico.

«Pero la mala estrella de este, habíale inspirado tambien el pensamiento de dirigirse á Narbona al objeto de recoger aquellos valores, temeroso de que cayeran en manos de sus contrarios.

«Reunió un puñado de valientes, y con ellos, á favor de la oscuridad de la noche, hizo un desembarco.

«Su mala fortuna condújole á tropezar con los francos, cuando se hallaba próximo al logro de sus deseos.

«Combate mortífero verificóse á los primeros albores del dia.

«Amalarico quedó muerto en el campo de batalla, así como la mayor parte de sus soldados y Childeberto tuvo la satisfaccion de apoderarse del tesoro del vencido monarca, en el cual encontró entre otras alhajas de inestimable valor, sesenta cálices y trece patenas de oro que el rey franco hizo repartir entre todas las iglesias de Francia.

«Teudis cumplió su palabra.

«Apenas hubo llegado á Barcinona dirigióse al palacio.

«La noticia de la derrota de Amalarico esparcióse por la ciudad casi á la par que la de su muerte.

«Teudis tuvo lugar de saberla antes de ver á Clotilde.

«El noble caballero sintió remordimientos, creyendo que él habia tenido la culpa por haber dicho á Childeberto donde aquel guardaba sus tesoros.

«Gran consternacion causó á los godos la pérdida del rey que á parte de la violencia de su carácter, tenia condiciones bastante ventajosas.

«Todas las miradas volviéronse entonces á Teudis, que gozaba de gran prestigio por su riqueza, por su prudencia y por su valor, y presto la eleccion de los nobles y prelados le elevó al trono que Amalarico habia dejado vacante.

«Su primer cuidado fue poner en libertad á Clotilde y hacer que Euristelo la acompañase hasta dejarla en poder de su hermano.

«Hildeberta no se quiso separar de su señora y todos partieron para el lugar en que Childeberto, en virtud de lo acordado con Teudis, debía esperarles.

«Reunidos ambos hermanos, el rey franco emprendió su camino hácia París, teniendo el sentimiento de que durante el viaje falleciese Clotilde, cuya salud dejaban muy quebrantada las violencias de que fue objeto por parte de su esposo.

«Poco antes de morir quiso que se realizara la union de Hildeberta y Euristelo.

«Teudis gobernó á los godos por espacio de catorce años con aquella prudencia y discrecion que le caracterizaban, sosteniendo durante aquel espacio varias guerras con los francos y los imperiales bizantinos, hasta que en 548, un loco, ó que al menos fingia estarlo, penetrando en el palacio de Barcelona donde á la sazón residia Teudis, le atravesó con una espada, poniendo fin á su existencia.

«Las únicas frases que Teudis pudo pronunciar, sintetizaban perfectamente el recuerdo que conservaba de lo que hiciera con Amalarico, y el remordimiento que por su muerte había sentido.

«Juzgó castigo justo del cielo su muerte y ordenó que fuera perdonado su asesino.»

Completamente satisfechos quedaron nuestros viajeros con la lectura de las dos leyendas que había escrito Coll, y no le escasearon los elogios que se merecía.

—Pues, señor, — dijo D. Cleto; —hé aquí unas horas que se nos han pasado perfectamente.

— Ustedes son muy amables y me favorecen demasiado. Solo siento que estas señoras hayan pasado un rato molesto, pues quizás hubieran preferido ir á dar una vuelta por ahí.

—En cuanto á mí, esté V. seguro que he pasado una tarde muy agradable, — dijo D.^a Engracia.

— Y á mí, aunque no entienda poco ni mucho de *toas* esas cosas, *tamien* me ha gustado eso y le aseguro que le tenia una rabia á ese *D. Anamorico*, que si le hubiera podido coger entre mis uñas cuando martirizaba á su *probe* esposa, le aseguro que se hubiera acordado de mí.

Todos se echaron á reir ante la indignacion de D.^a Robustiana, diciendo Sacanell poco despues :

—Díme, Coll; ¿y no hubo otros hechos tambien ocurridos en el palacio, que fueran dignos de alguna leyenda?

—Sí por cierto, y las tengo hechas; pero no me parece prudente abusar mas de la paciencia de estos señores, y como quiera que nos quedan muchos dias, ya aprovecharemos alguna otra tarde para ocuparnos de ellos.

—Tienes razon.

—Justamente; mas dias hay que longanizas y ya nos irá este señor *dilustrando* con sus *leturas*.

—Ahora si les parece iremos á dar una vueltecita por la Rambla.

—Como Vds. quieran.

Arregláronse las señoras, tomaron sus sombreros los caballeros, y no transecurrió mucho tiempo sin que unos y otros se encontraran en la calle.

XXVI.

Una visita á los establecimientos de D. Antonio Oller y D. Juan Medina.

—Pues, señor, cuando digo á Vds. que esto se va haciendo ya muy pesado, — decia D. Agustin á la mañana siguiente leyendo una de las cartas que acababa de entregarle el cartero.

—¿Qué es eso, papá? — le preguntó su hijo.

—Calla, hombre, que se creen nuestros paisanos que no tenemos otra cosa que hacer que ocuparnos de sus encargos.

—Pues ¿qué quieren ahora?

—Una friolera. Me escribe D. Braulio, que la cofradía de Nuestra Señora de los Dolores, trata de hacer un estandarte y que han pensado en mí, aprovechando la circunstancia de hallarme en esta, para que vea su coste y me den algunos diseños para enviárselos, al objeto de que resuelvan.

—¿Y eso no pueden hacerlo en Zaragoza?

—Qué quieres que te diga. Preferirá sin duda que lo hagan aquí.

—Bueno, bueno, Sacanell se encargará de sacarnos del apuro.

—Es que ya abusamos demasiado.

—Quite V. de ahí; entre nosotros no existe ese abuso, y si le oyese, estoy cierto que se ofendería. Lo mismo él, que Coll, sabe V. que tienen un verdadero placer en complacernos.

—Es verdad, pero también les molestamos tanto...

—Diré á V., Sr. D. Agustín, — repuso D. Cleto terciando en la conversacion; — esa clase de encargos, hasta cierto punto nos son beneficiosos, pues nos facilita el medio de entrar en algunos establecimientos sin el carácter de curiosidad de simples viajeros.

—Eso es cierto.

—Y desengañese V., con mas gusto, un industrial cualquiera nos enseñará su establecimiento cuando vamos á comprarle, que cuando solo lo hacemos impulsados por nuestro afán de saber y de estudiar.

—Dice bien D. Cleto.

—Tendrémos por lo tanto que confesar que aun nos son beneficiosos los encargos que nos hacen.

—Prescindiendo del temor que pueda causarnos el que sea del agrado de nuestros amigos lo que compremos, desde luego que nos sirve de un gran medio de introduccion.

Poco tiempo despues Sacanell y Coll estaban enterados del encargo que acababa de recibir D. Agustín.

—Cuando salgamos, — dijo el primero, — podrémos pasar por casa de Oller.

—Yo hubiese llevado á Vds. mucho mejor á casa de Medina, — repuso el segundo.

—Hombre, Oller tiene una casa muy antigua y muy acreditada.

—No lo está menos, aun cuando mas moderna, la de Medina.

—Bien; pero este ya abraza otra porcion de cosas, mientras que aquel solamente se ocupa de la parte de bordados.

—¿Saben Vds. lo que podemos hacer? — dijo D. Cleto.

—Ir á casa de los dos. ¿No es eso lo que iba V. á decir?

—Justamente. De ese modo puede D. Agustín conocer los precios de ambos, y con esto y con los dibujos que le faciliten, puede su amigo elegir lo que tenga por mas conveniente.

— Bien pensado.

No transcurrió mucho tiempo sin que reunidos todos con las señoras, tomaran la dirección de la calle Ancha, donde puede decirse que radican los dos establecimientos que iban á visitar.

— ¡Hola! estamos en la calle del Dormitorio de san Francisco, — exclamó D. Antonio al penetrar en ella.

— Parece que la recuerda V.

— ¿Quién no ha de recordar ese famoso convento, del cual nos hicieron Vds. una descripción tan brillante?

— Nada de eso, muy pobre, porque ni el tiempo ni nuestros conocimientos eran bastantes para hacerla cual se merecía.

— Sabe V. lo que encuentro muy extraño, amigo Coll, — dijo D. Cleto, — que V. tan aficionado como es á desentrañar tradiciones, á remover manuscritos, no haya hecho alguna cosa de este convento, que si la memoria no me es infiel se prestaba en gran manera para hacer algunos trabajos de ese género.

— Algo tengo hecho, — repuso sonriéndose Coll.

— ¿Y por qué no nos lo ha dicho V.?

— Temía molestarles.

— Sabe V. que tenemos un verdadero placer y prueba bien patente ha tenido V. en la atención con que hemos escuchado sus dos episodios del antiguo palacio de Barcelona.

— Ustedes son muy indulgentes; pero en mí está el no abusar de esa indulgencia.

— Y si no es indiscreción ¿á qué se refiere lo que ha hecho de este convento?

— Á evocar la memoria de una muerta.

— Verdaderamente que los muchos sepuleros que aquí existían, prestábanse grandemente para ello.

— El episodio que tengo hecho, pertenece á la historia de D.^a Leonor de Aragon, reina de Chipre, y que como ya les dije, estaba enterrada aquí.

— Interesante es su vida.

— Mucho.

— Eso quiere decir que tenemos en perspectiva la lectura de alguna nueva leyenda ¿no es así? — dijo D.^a Engracia.

— Sí, tía; y me parece que de algunas más, porque el amigo Coll, por lo visto, tiene una buena colección.

— Pasatiempos de un desocupado y nada más; ligeros apuntes de aficionado, no otra cosa.

— Algo más que pasatiempos.

— Ustedes me favorecen demasiado y nada más.

Distraídos con el recuerdo evocado al penetrar en la calle del Dormitorio de san Francisco, cruzaron por delante de la plaza de Medinaceli, sin prestar atención á la estatua de Marquet que en el centro de ella se eleva.

Cuando ya estuvieron á alguna distancia, dijo D. Antonio aprovechando un momento de silencio :

—Varias veces he querido preguntar y aun ahora mismo lo hubiese hecho , si no por el temor de interrumpir la conversacion que llevábamos , de quien es esa estatua que está en esa plazoleta que acabamos de pasar.

—¡Ah! ya sé ; en la plaza de Medinaceli ¿no es eso?

—Me parece que sí.

—Es la estatua de Galceran Marquet.

—¿Y quién fue ese señor? — preguntó D. Agustin.

—Un marino célebre.

—En esa parte me parece que no anduvieron muy acertados los que tal cosa dispusieron , pues en Cataluña han tenido Vds. marinos mas célebres que Marquet y mas dignos también de semejante honor.

—Dice V. bien , D. Cleto, —repuso Coll ;—y en vano he buscado la razon de la preferencia de ese personaje , cuya historia no está bien definida por encontrarse en nuestras crónicas una multitud de personajes que llevan el mismo apellido , y porque si bien en todos ellos se ven nobles y esforzados guerreros y marinos , ó sábios y entendidos concellers , no son sin embargo , de aquellos que hayan realizado una hazaña ó llevado á cabo un hecho que les haga distinguirse de la generalidad.

—Precisamente en la historia catalana tienen Vds. una multitud de personajes verdaderas glorias de la patria , á los cuales con mayor motivo pudiera haberseles rendido semejante homenaje.

—Dice V. bien.

Cuando nuestros viajeros llegaron á la pequeña plazuela que se extiende delante de la portada de la iglesia de la Merced y del palacio de la Capitanía general , Coll y Sacanell penetraron en ella , haciendo exclamar á Azara.

— ¡Cómo! ¿nos alejamos de la calle Ancha? pues ¿no habian dicho Vds. que los señores á quienes íbamos á visitar vivian en ella?

—Cási , cási , — contestó Coll deteniéndose ante una tienda que hay frente á la mencionada iglesia. Ya ven Vds. la corta distancia que hay desde la calle Ancha aquí.

—Eso indica que hemos llegado á uno de los dos establecimientos.

—Justamente ; al de D. Antonio Oller.

Nuestros viajeros penetraron en la tienda , y bien pronto , y enterado el dueño de ella , del objeto que á su casa les conducia , mostráales los magníficos albums en que se hallan consignadas las muestras de sus trabajos.

La casa de Oller es la mas antigua , tal vez , de las dedicadas á semejante arte.

Hemos tenido el gusto de ver algunos de los preciosos bordados en oro hechos en ella , y tanto por la bellísima combinacion de los dibujos , cuanto por la delicadeza de la ejecucion , sorprenden y admiran.

Lo mismo en los *ternos* para las grandes ceremonias religiosas , que en los *estandartes* para cofradías , que en los *pendones* para sociedades corales , resplandece su buen

gusto, un sabor de arte, por decirlo así, que se separa en gran manera de lo vulgar que estamos acostumbrados á ver.

En los primeros y segundos, ha hecho un estudio especial, el actual dueño, del género gótico, aplicándole á su arte, obteniendo así el separarse de cierto rutinarismo, que carece de novedad, y tambien demostrar que no le es desconocida la historia del arte cristiano.

Y prueba de la bondad de los trabajos de la casa que nos ocupamos, y del buen gusto que preside á su confeccion, que, una de las obras que mas fama la han dado, fue un vestido para Nuestra Señora de las Victorias, que se venera en París, vestido que fue encargado especialmente, á la casa de Oller.

En igual caso se halla el estandarte que usaron los zuavos pontificios, estandarte que se hizo en la casa de Oller, y que llamó la atencion extraordinariamente.

De gran importancia son los pedidos que para América recibe la casa, y los trabajos que constituyen aquellos, son tan ricos por su valor material como por el artístico.

En los dibujos que nuestros viajeros estuvieron detenidamente examinando, lo que mas les llamó la atencion, fue la novedad y la sencillez que resplandece en ellos, pues generalmente suelen adolecer esta clase de trabajos, para darles mas valor, de una pesadez, de una complicacion en los dibujos que podríamos calificar de churriguerismo, aplicado á este arte, que les deslucce y les perjudica.

D. Agustin tomó algunas notas y precios, respecto al objeto que se le encargaban, y todos salieron de la tienda para dirigirse á la de D. Juan Medina, establecida en la calle Ancha.

Importante tambien, por mas de un concepto, es el establecimiento que vamos á visitar, que es una especialidad, particularmente en bordados y efectos militares.

El Sr. Medina no por esto ha descuidado los demás importantes ramos que abraza su industria.

En sus talleres se confeccionan multitud de efectos militares, al mismo tiempo que en su almacén se encuentran aquellos artículos del extranjero, referentes á su trabajo, con los cuales, por las condiciones especiales de nuestra industria nacional, por esa falta de proteccion de que varias veces nos hemos lamentado, no podemos competir.

Galones, condecoraciones, cintas, rosetas y lacitos, espadería, tricornios y gorras de uniforme, bordados de todas clases para el ejército, constituyen, como llevamos indicado, una especialidad en la casa, que en veinte y dos años que cuenta de existencia, ha visto día por día aumentarse su clientela, mereciendo siempre constantes elogios y felicitaciones.

Prueba de la delicadeza de sus bordados, y de los conocimientos no vulgares que posee el dueño del establecimiento, la tenemos en que muchas de las banderas y estandartes usados por el ejército, que requieren, por decirlo así, conocimiento determinado, han sido bordados en el mencionado establecimiento, flotando en los campos de

batalla, tanto de nuestra península, cuanto usadas por los batallones de voluntarios que en Cuba pelean por la integridad de la patria.

Mas no se crea por esto, segun ya hemos indicado, que la casa de Medina no se ocupe de otra cosa.

Reuniendo un número de operarios inteligentísimos, con superiores conocimientos de dibujo, y con un buen gusto artístico extraordinario, lo mismo en los bordados de iglesia, como ternos, estandartes, pendones, etc., que en las banderas y estandartes de manifestaciones ó de sociedades corales, los continuos trabajos que salen de sus talleres, demuestran la bondad de los mismos.

El público en general, en la predileccion que siempre ha demostrado por la casa que nos ocupa, corrobora nuestro aserto, y en distintas ocasiones, y por obras de géneros opuestos, de diversos ramos, la prensa ha tributado justos y muy merecidos elogios al señor Medina.

Como establecimiento de galonería, es el único que existe en la provincia, y como bordador, está considerado como la primera casa de Barcelona.

Muestras de varias clases y de precios distintos pudo ver D. Agustin y sus compañeros, campeando en todas ellas el buen gusto y excelente combinacion de los colores y clases de bordado.

Si complacidos habian salido de la casa de D. Antonio Oller, no salieron menos de la que acabamos de hablar, lamentándose de que en el estado de perturbacion en que hace tiempo se halla nuestro país, no pueden estas industrias florecer cual debieran, pues todo el mundo se retrae de hacer cierta clase de gastos, que en circunstancias normales pueden hacerse.

Ambos señores, se habian quejado de esto á nuestros amigos, y los comentarios que estos iban haciendo despues, fácilmente pueden imaginárselos nuestros lectores.

Como que se hallaban cerca de la plaza de San Sebastian, y casualmente era dia de *Encantes*, Sacanell les propuso que dieran una vuelta por aquel sitio.

Los *Encantes* de Barcelona, carecen de aquel carácter especial que distingue al *Rastro* de Madrid, al *Temple* de París, y á todos esos lugares de venta para las clases menos acomodadas, que suelen existir en las grandes capitales.

Hoy, los *Encantes* están reducidos á varios puestos de libros, hierro viejo, cristal y loza, hilos, muebles usados, anaquelarias viejas, ropas y telas; puestos, en los cuales se vende casi á los mismos precios que en las prenderías y tiendas de aquellos artículos, del interior de la ciudad.

Nuestros viajeros estuvieron recorriendo aquel espacio algun tiempo, sin que hallasen nada que pudiera llamarles la atencion.

XXVII.

El paseo de Gracia.—Fábrica de Chocolate de D. Olegario Juncosa.

—Pues, señor, hay que convenir que esta será una magnífica calle, el día en que esté concluida.

Así decía D. Agustín á sus amigos, aludiendo al paseo de Gracia, donde se hallaban.

—La lástima es, — repuso Azara, — que no haya sido mas simultánea la edificación, pues por lo que veo, y por lo que he oído, lleva ya muchos años; y segun está, se pasarán todavía muchos otros sin que esta vía, especialmente, esté cubierta por completo de edificios.

—Tiene V. razón, — añadió Coll; — me parece que hubiese sido mucho mejor que la edificación se hubiese hecho por manzanas, obligando á los propietarios á terminar las obras en un plazo determinado.

—Y de este modo se hubieran conseguido dos objetos; uno, el de tener varias manzanas ó tal vez calles enteras edificadas, y el otro, el de dar mayor seguridad á los vecinos que las fueran habitando.

—Desde luego.

—Así es, que apenas si puede formarse una idea completa del Ensanche, porque están tan diseminadas las casas, que prescindiendo de las que están mas próximas al paseo y que ya van formando agrupaciones, les aseguro á Vds. que es tarea bien laboriosa la de penetrar en el interior del Ensanche á buscar una casa determinada, porque hay calles que no están mas que demarcadas y los edificios son muy escasos, confundiéndose uno, muchas veces.

—Y saben Vds. que son muy buenos edificios los que hay en el paseo, — dijo doña Engracia.

—En general todas las casas del Ensanche tienen excelentes condiciones, que ya podrán Vds. apreciarlas mejor cuando penetremos en él.

—Y á pesar de todo parece que está muy poblado.

—Sí, señor; lo único que tiene es lo que les he dicho; si toda esa porción de casas estuvieran reunidas, formarían barrios enteros que tendrían todas las condiciones apetecibles de seguridad y comodidad.

—Lo que advierto es que hay pocas tiendas por aquí.

—Eso es hijo de la falta de población que todavía existe. Deje V. que, especialmente el paseo y las calles adyacentes, se hallen edificadas, que se establezca un mercado indispensable para estos nuevos barrios, y verán Vds. como muchos de esos bajos que hoy sirven de habitaciones particulares, se transforman en lujosas tiendas; pues en el interés de los mismos propietarios ha de estar el hacerlo, toda vez que mayor alquiler ha de producirles una ó dos tiendas que aquellos pisos.

—Desde luego.

—El Ensanche de Barcelona, como Vds. mismos podrán comprender al visitarle detenidamente, está llamado á ser y positivamente lo es, la Barcelona del porvenir; todo cuanto puede constituir la belleza y la higiene de una poblacion, todo se halla reunido en él. Calles anchas, espaciosas, edificios desahogados y con grandes comodidades, ventilacion y libre circulacion de los aires, todo se encuentra aquí, en contraposicion de la ciudad antigua cuyas malas condiciones higiénicas, han podido ustedes apreciar ya.

—Es muy cierto.

—Existen una porcion de industrias en la ciudad que contribuyen tambien en gran manera para esas malas condiciones; pues ya de por sí, son las calles estrechas, tortuosas á veces, altos los edificios y no muy espaciosos, y si se les añaden los miasmas nauseabundos que aquellas producen, se comprenderá que tengo razon en lo que digo. Mas el dia en que estén fuera del casco antiguo, que se hallen en otras zonas mas ventiladas, no solo prestarán animacion, vida y movimiento á estos barrios, hoy tristes y solitarios, si que tambien mejorará en gran manera la situacion de la actual ciudad.

—Verdaderamente que eso que dice V., amigo Coll, ya lo hemos advertido algunas veces, y si no hemos hecho observacion alguna, ha sido por no herir la susceptibilidad de Vds.; pero ya que así se expresa, si le he de decir, que hay muchas calles, en las cuales el hedor es insoportable por efecto de esas industrias que V. indica, y que en otros puntos, generalmente se encuentran en los extremos ó en las afueras de las ciudades.

—Sí, es verdad; mas no deben Vds. olvidar, y esto no lo digo, porque trate de defenderlo, que Barcelona ha sido una ciudad murada, y que por lo tanto dentro de su recinto ha tenido que encerrar todas las industrias que constituian su vida y respondian á sus necesidades.

—Pero despues que se derribaron las murallas ¿por qué al esparcirse la poblacion por las afueras, no salieron tambien aquellos establecimientos tan perjudiciales para la higiene?

—Todos esos establecimientos constituian ya intereses creados, que era, si no difícil, un tanto costoso el desarraigar.

—Pero las autoridades...

—Han hecho algo, mas siempre han tenido que luchar con porcion de inconvenientes, y sobre todo con ese espíritu especial de nuestro país, que consiste en no acordarnos de santa Bárbara mas que cuando truena.

—Eso es una verdad.

—Hemos tenido una epidemia, los barrios en que radican cierta clase de establecimientos se han visto terriblemente castigados, y todo el mundo ha puesto como vulgarmente se dice el grito en el cielo.

—Pero despues, todo se habrá olvidado, ¿no es así?

—Sí, señor; apenas el peligro pasó, todos los planes, todos los proyectos, todas las disposiciones se abandonaban y quedaba todo en su mismo ser y estado.

—Mal de España, amigo mio, mal de España; no es de Barcelona solamente.

—Sin embargo, por lo que á nosotros se refiere, — dijo Coll; — no pierdo la esperanza de ver desterrados de los barrios céntricos de la capital, ciertas y determinadas industrias que son perjudiciales para la pública salud.

—Mucho me alegraré, porque francamente, creo que Barcelona está llamada con el tiempo á ser la primera capital de España.

—Así lo creo yo tambien sin que me ciegue el amor del pais.

—De mí sé decirles, — dijo D.^a Robustiana, que hacia tiempo rabiaba por meter su baza á la conversacion, — que con *toas* esas cosas que Vds. están *iciendo*, me gusta mas que *tóo* lo que he visto hasta de ahora. Es verdad que yo no he estado en Paris de Francia, ni en *Ingalaterra*, ni mucho menos, pero es al *icir*, yo viviria aquí muy ricamente.

—Lo creo.

—Pero ahora que caigo, — exclamó Azara; — saben Vds. que así andando andando, hemos subido muy cerca de Gracia.

—Ya lo creo, bien claras se perciben ya las primeras casas.

Efectivamente, á la par que nuestros amigos habian ido hablando, insensiblemente fueron acortando la distancia que de la vecina villa les separaba.

—Vaya, volvamos si á Vds. les parece, — dijo Sacanell.

—Sabes que pensaba una cosa, — repuso Coll.

—¿Qué?

—Podíamos ver, ya que hemos llegado hasta aquí, la magnifica fábrica de chocolate que hace poco construyó Juncosa á la entrada de Gracia.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Si estos señores, quieren?...

—¿No estamos por completo á disposicion de Vds.?

—Sin embargo...

—¿No es de esa fábrica de donde es el depósito que hay en la calle de Fernando? — preguntó D. Antonio.

—Sí, señor.

—Por eso; me habia parecido ver en la calle mencionada una tienda, muy elegante por cierto, y el nombre que acaba V. de pronunciar me la recordó en seguida.

—Díme, Pascual, ¿no es de allí de donde nos llevaste aquel café tan *retegüeno*?

—¿Y yo qué sé, mujer?

—¡Jesús, qué hombre! *Misté*, señora, me consume.

—Ya se conoce, — murmuró con acento irónico Azara.

—Sí señor, que me consume, y á no tener yo así, un natural que... vamos, aunque sea agua que beba, me ha de engordar, no lo duden Vds., estaria como una pajueta.

—Si no lo dudamos; — repuso D. Cleto.

—Pero si tienes unas cosas, mujer, — dijo Pascual, — que hacen reir. Vean ustedes á ver como he de acordarme yo de una compra que hice en los primeros dias que

estábamos en Barcelona, y que si juramento me pidieran, maldito si sabría *icir aonde* lo compré.

—Ya se ve, como que tú eres hombre de tantos negocios... Pues, tú me *igiste*, en la calle de Fernando.

—Y así sería.

—Vamos, vamos, que eso no merece la pena de que se alteren Vds. ahora.

—¡Toma! ¿y quién trata de eso?

—Ya que estamos cerca, permítanme Vds. que me adelante al objeto de pedir permiso para que nos permitan ver la fábrica.

Y Coll, tras estas palabras adelantóse á sus compañeros, penetrando en el despacho de la fábrica, donde generalmente se halla uno de los hijos del Sr. Juncosa.

—¡Qué buena casa! —dijo D. Antonio aludiendo á la en que se encuentra la mencionada tienda, y que es la primera que á mano derecha constituye la entrada de la villa de Gracia.

—Pues es del mismo propietario de la fábrica.

—Ya le aseguro á V. que es una excelente finca.

—Y que bien situada se encuentra.

—Lo que es la vista que desde ella debe disfrutarse, verdaderamente que debe ser encantadora.

—Como que está dominando todo el paseo.

Las exclamaciones de nuestros viajeros no tenían nada de exageradas.

La casa en cuestion situada como ya hemos dicho en la misma entrada de Gracia, atalaya perfectamente todo el paseo que desde Barcelona conduce á la mencionada poblacion, y como que este es tan recto, el golpe de vista de que se disfruta, es magnífico.

Esta casa ha sustituido á otras dos que semi-arruinadas, existían en aquel punto, y las habitaciones hechas segun el gusto moderno, ofrecen todas las comodidades apetecibles.

Por la parte de la espalda, dan los balcones al jardinito que se extiende delante de la fábrica, la cual se halla completamente aislada.

No solamente obtuvo Coll el permiso que solicitaba, sino que el mismo hijo del dueño, fué acompañándoles para dar á nuestros amigos cuantas explicaciones pudieran desear.

Semejante amabilidad no pudo menos de hacer exclamar á D.^a Robustiana.

—Vamos, lo *icho, icho*; me agrada mucho esta gente por lo campechana que es. Y vea V. lo que son las cosas, yo habia oido *icir* siempre, que los catalanes eran tan bruscos y tan...

—Y es la verdad, somos bruscos, pero eso no quita para que tambien sepamos obsequiar cual se merecen á las personas que vienen á favorecernos,—repuso Sacanell.

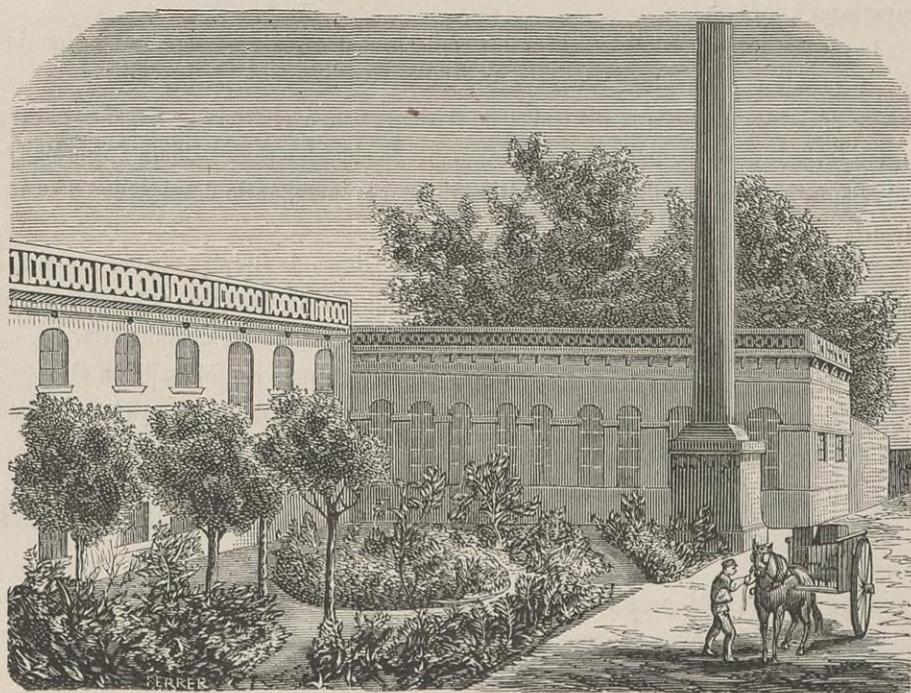
Hablando así, penetraron resueltamente en el edificio.

Un cuerpo aislado de la casa de que antes hicimos mencion, constituye el estableci-

miento, en el cual con una inteligencia extraordinaria se hallan distribuidas todas las manipulaciones que exige la confeccion del chocolate.

La limpieza que resalta en los varios departamentos, y la regularidad con que funcionan todos los distintos elementos que coadyuvan al complemento de la industria, llamó en mas de una ocasion la atencion de nuestros amigos.

Todos los adelantos modernos se hallan perfectamente aplicados en la parte que pueden relacionarse con aquella especulacion, y la fábrica del Sr. Juncosa, como pudieron perfectamente apreciar los que la visitaban, es un excelente modelo en su género.



Vista de la fábrica de chocolate de D. Olegario Juncosa.

El motor de ella es el vapor, y todas las dependencias del establecimiento reúnen cuantas condiciones exige la higiene y las necesidades propias de la industria.

Los chocolates elaborados en la casa obtienen una gran acogida por parte del público, siendo buena prueba de ello la multitud de puntos de venta que tiene para el indicado artículo y el despacho que de ellos existe.

Desde la clase mas barata á la mas superior, la elaboracion es la misma recomendable siempre, diferenciándose solo en la calidad de los cacaos y azúcares en ellos empleados.

La parte arquitectónica del edificio, llama desde luego la atencion por su sencillez y su elegancia.

Compónese de planta baja solamente, sóbriamente decorada, con rasgadas ventanas para la conveniente luz y ventilacion, estando como ya hemos dicho, perfectamente distribuidos los varios departamentos que la constituyen.

En la casa contigua que como manifestamos, pertenece tambien al mismo dueño, existe un gran despacho para la venta al por mayor y menor, despacho sencillo tambien, pero en completa armonía de elegancia y comodidad, con todo lo que se relaciona con el indicado establecimiento.

En Barcelona, en la calle de Fernando, tienen otra tienda en el mismo sitio donde estuvieron primeramente los molinos de chocolate, cuya creacion data del año 1853.

Esta tienda ha sido recientemente restaurada, con un buen gusto y una riqueza superiores á todo elogio.

Los cafés, tés, canelas y azúcares que se despachan en la casa, son muy superiores, y grande por lo tanto el consumo que de ellos se hace.

En los últimos años que D.^a Isabel de Borbon, ocupó el trono de España, obtuvo D. Olegario Juncosa la distincion de ser nombrado chocolatero de cámara de su Majestad, honroso premio rendido á su laboriosidad y á la inteligencia desplegada en su industria.

Buen espacio pasáronse nuestros amigos en la fábrica de Gracia, viendo cumplidamente satisfechas sus preguntas por el amable hijo del Sr. Juncosa, y únicamente lo avanzado de la hora, pues ya comenzaba á oscurecer, obligóles á abandonarla.

—Pues, señor, bonito establecimiento, — dijo D. Antonio cuando salieron al paseo.

—Observarán Vds., — repuso Coll, — que en la mayoría de los que ya hemos visto no solo hay inteligencia y riqueza, sino tambien mucho gusto.

—Cierto, y es una de las cosas que mas nos ha llamado la atencion.

—¿Y sabe V. que parece muy grande esa villa? — dijo D. Agustin aludiendo á Gracia.

—Ya tendrán Vds. ocasion de verla despacio, el dia en que subamos con ese objeto. Es una poblacion donde se encuentran la baratura y ciertas comodidades, de las cuales se carece en Barcelona.

—Para mí ya tiene una buena cosa, — dijo D.^a Engracia, — y es que segun distingo, las casas tienen jardines.

—Así es en efecto.

—Y como á mí me gustan tanto las flores...

—¿Pues y á mí, señora? Tengo yo un huerto allí en Guadalajara, que ya lo han visto estos señores, es una bendicion de Dios.

—Es verdad, — dijeron Azara y Sacanell.

—Tambien vale algo, el que pongo á disposicion de Vds. allá en Huesca, — añadió D.^a Engracia.

Hablando así recordando cada uno las comodidades que en su casa tenia, haciendo consideraciones sobre lo que acababan de ver, y anunciando nuevas visitas para los dias siguientes, fuéron nuestros amigos poco á poco disminuyendo la distancia que les separaba de la ciudad.

LA PASION DEL REDENTOR

... de la Pasión del Redentor ...

ACTO PRIMERO

... en un momento de la Pasión del Redentor ...

... el Redentor ...

ACTO SEGUNDO

... el Redentor ...

LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

Obra dedicada al Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia.

PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la seccion religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religion, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por lo mismo como la novela de mayor interés.

La Pasion del Redentor que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasion del Redentor* que no sea perfectamente exacto; ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés reviste de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nacion que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas; la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patibulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen; el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebosando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardentemente enamorado corazon de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos, el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allá gime y suspira el Redentor: ora es la naturaleza la que se estremera, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesias; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La excesiva delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje descrito de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasion del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasion del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é irá ilustrada con veintidós primorosas láminas, comprendiendo estas los RETRATOS DE JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARÍA, RETRATOS DE LOS APÓSTOLOS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE DIOS, de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasion, para que puedan seguirse los detalles de las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy ofrecemos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta ahora, restándonos solo añadir que **consideraremos suscritos á *La Pasion del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de querer seguir siendo suscritores á la indicada serie de obras religioso-recreativas que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en trece entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al ínfimo precio de UN CUARTILLO DE REAL cada una en tomo de paño. Las láminas y la Vista de Jerusalem que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose al Sr. D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería, ó por medio, y será atendido puntualmente. También pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.